LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
6 de agosto de 2017
Dan 7, 9-10.13-14; 2 Pe 1, 16-19; Mt 17. 1-9

Acabamos de escuchar, hermanos y hermanas, el relato de la Transfiguración de Jesús según el evangelio de San Mateo. A primera vista podría parecer que es un episodio poco importante, que afectaba sólo la persona de Jesús y a los tres apóstoles que lo vieron, a los que, además, Jesús los manda no hablar de momento a nadie. En cambio, es una experiencia cumbre para el Señor y contiene una revelación para los cristianos de todos los tiempos. Por eso, Jesús permitió que los apóstoles la explicaran después de la resurrección.

Es una experiencia cumbre para Jesús; un momento fuertemente intenso en su vida de oración y de unión con el Padre, en el que renueva, poco antes de sufrir la pasión, su voluntad de entrega, su convicción de que *su alimento es hacer la voluntad del Padre* también ante la muerte (cf. Jn 4, 34). Jesús tiene, en todo momento conciencia de ser Hijo de este Padre lleno de ternura. Humanamente necesita sentirse en comunión con él, y de esta comunión filial íntima brota todo lo que hace y todo lo que dice. Ahora, en la montaña, ofrece al Padre su confianza total ante lo que deberá afrontar en Jerusalén. Y el Padre le responde mostrando -a él, el Hijo, y a los tres discípulos que la acompañan- su esplendor y su gloria y expresando su comunión íntima con él: *Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco.* Jesús es aquel que la Ley, representada por Moisés, y los profetas, representados por Elías, habían anunciado (cf. Lc 24, 27). Además, el Padre confirma a los tres discípulos la autoridad con que Jesús actúa y habla, por eso les dice: *escuchadlo*. La voz del Padre les revela, y nos revela también a nosotros, que en la vida cotidiana de Jesús, incluida su vida escondida, está la presencia de Dios que vela su gloria para desvelar su misericordia.

Después de esta experiencia en la montaña, todo vuelve a ser como antes, aunque iluminado con una luz nueva. También para Jesús vuelve el día a día con el esfuerzo que pide, y con la perspectiva de la pasión aceptada voluntariamente por amor. No será hasta la resurrección que se volverá a desplegar la gloria de su comunión gozosa con el Padre, que se ha manifestado en la montaña, que la tradición identifica con el monte Tabor.

La Transfiguración es, también -tal como he dicho-, una experiencia cumbre, fundamental, para nosotros, los cristianos. Nos enseña que sólo podemos vivir de fe desde la certeza de que Dios nos ama y nos habla a través Jesucristo, y desde la confianza que está presente entre nosotros, de una manera invisible pero real, *hasta el fin del mundo* (Mt 28, 20). Algunas veces podremos tener una experiencia intensa de oración o de amor evangélico hacia los demás, podremos experimentar en nuestro interior una certeza fuerte de la presencia de Dios. Pero, como para Jesús y los tres discípulos, la experiencia del Tabor es pasajera; la mayor parte del tiempo la tenemos que vivir en la fe, a veces en la opacidad, en la frialdad del corazón, en la duda, en la oscuridad. Es desde esta situación que, la mayor parte de las veces, tenemos que llevar a cabo nuestras responsabilidades, nuestro compromiso. De todas formas, siempre queda en nuestro interior algo de la luz y de la fuerza espirituales que hemos recibido en los momentos de vivencia más intensa. Y eso nos da fuerza y coraje para continuar en el camino cristiano.

La vida, a la luz de la Transfiguración, se convierte en un camino interior hacia la perfección evangélica, hacia el encuentro con el misterio invisible de Dios revelado en

Jesucristo. Esto representa una contestación frente a la cultura occidental actual, frente a la cultura que impera en muchos ámbitos de nuestra entorno. Las cosas provisionales y relativas, como contentar los deseos, la fama, el dinero, el poder, la búsqueda de instantes de satisfacción inmediata, etc., van ocupando el lugar de la verdad y de las cosas definitivas, dando forma a la cultura de la post-verdad y a los fundamentalismos ideológicos. En esta visión, no interesa demasiado el sentido que tiene la existencia, ni la búsqueda del bien común cuando hay que sacrificar el propio, ni plantearse la dimensión trascendente de la persona humana.

En este contexto, el monaquismo --atraído por la persona divina de Jesucristo, por su amor y por su palabra, atraído por la experiencia de la Transfiguración- propone un dinamismo de unificación personal y comunitaria que se opone a la cultura de las cosas provisionales y relativas. Y se lo juega todo para conocer más y más al Señor y su palabra. De este modo, el monje se retira en un lugar adecuado para escuchar la voz de Dios y emprender así un trabajo interior que va transformando su persona para irse haciendo semejante en los sentimientos a Jesucristo, hasta poder llegar, con la cooperación del Espíritu Santo, a ser transfigurado cuando llegue al término de su existencia en la tierra. No como un proceso solitario, sino ayudado por la comunión de los hermanos de comunidad y de otras personas, y con el fin de servir a los demás en los diversos ámbitos que le sean encomendados.

El P. Lluís Planas inició este camino y hoy, cincuenta años después de haberse comprometido a seguirlo, da gracias a Dios con alegría por todo lo que espiritualmente y humanamente le ha aportado y por el bien que tantas personas han recibido en el ejercicio de las diversas responsabilidades que ha ejercido. Casi la totalidad de su servicio monástico --en Montserrat, el Miracle y Cuixà- la ha ejercido, y lo ejerce, en tareas que conllevaban la atención a personas: formación de monjes jóvenes, oblatos, matrimonios, huéspedes, monasterios de benedictinas, personas en búsqueda de acompañamiento espiritual, etc. Nosotros nos unimos a su acción de gracias y pedimos que el Señor, por las oraciones de Santa María, Señora de Montserrat, continúe bendiciéndolo en su camino para que pueda seguir dando frutos en bien de muchas personas.

El dinamismo de unificación personal iluminado por la transfiguración que busca hacer realidad la vida monástica, no es exclusivo de los monjes. Todo cristiano es invitado a participar de la experiencia de la transfiguración y en afirmar así su unión íntima con Cristo y la visión rica y plena de la persona humana que se deriva. Porque la gloria de Jesucristo nos da la medida de la gloria y la felicidad a que está destinado todo ser humano.

Después de que el P. Luis renueve ante Dios y ante la Iglesia, representada por nosotros, su compromiso de vivir como monje, nos adentraremos en el corazón de la celebración eucarística. La participación en la Eucaristía reproduce espiritualmente el núcleo del episodio de la Transfiguración. La Iglesia del cielo, con los profetas y los santos de los dos testamentos, se hacen presentes, escuchamos la Palabra de Jesús, experimentamos que él es el Hijo predilecto del Padre, nos hacemos conscientes de que nosotros, por el bautismo, estamos llamados a ser semejantes a él, y él se hace presente, resucitado y glorioso, en la pequeñez del pan y del vino eucarísticos, humildes como su persona humana. Y se nos ocurre decir como Pedro: *Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí!* Después, sin embargo, vendrá la cotidianidad, monjes y fieles, volveremos a nuestras tareas aparentemente solos. Pero Jesús está, y él nos basta. Con él podemos avanzar por los caminos de Dios. Y nada ni nadie *nos podrá separar de su amor* (cf. Rom 8, 39).